

CUANDO LA CIUDAD ES EL TEMPLO

José Manuel Cabra de Luna

UN LARGO PREFACIO

Este texto no es una invocación al recuerdo, a mi propio e intenso recuerdo personal. Y no es fácil que así sea pues todo me lleva a reavivar la memoria y, con ella, las innumerables vivencias de niñez y de primera juventud de ese niño malagueño que fui. El afán por convertirme en anónimo nazareno al colocarme el capirote (ese misterio casi doméstico de ver sin ser visto), el sentirme —aunque solo fuera por unas horas— miembro de una comunidad que había hecho suya unas imágenes de las que se contaban historias sin cuento, sus orígenes remotos o los orantes penitentes que acompañaban a los titulares de cada cofradía en filas interminables detrás de los tronos. Todo eso me aflora en apretado tropel.

No hablaré, por tanto y tampoco, de los cofrades que llevaban los tronos (anduve muchos años anhelándolo hasta conseguirlo) o de los llamados «hombre de trono», cuando entre los años 60 y 70 del pasado siglo la Semana Santa sufrió un bajón que, fundamentado en circunstancias complejas, casi la hace desaparecer.

No evocaré el olor de la cera, que persistía en las calles durante varios días y hacía chirriar a las ruedas de los coches. Y tampoco recordaré a la ciudad entera con olor a romero y tomillo vertidos poco antes del paso de los tronos de las (permítaseme) Hermandades mayores.

Ese mar de sensaciones, esa exaltación de todos los sentidos mezclados con la devoción más enraizada en lo popular, está demasiado viva en mí hasta el punto de que, solo proponiéndomelo firmemente podré superar en este texto el recuerdo personal.

Porque no deseo hacer lo que, en el fondo, no sería sino una pequeña cala autobiográfica. Intento saltar por encima de mis recuerdos para instalarme en el campo, sin duda más árido, de la serena reflexión. Profundizar, desde una perspectiva de puro pensamiento, en cómo la manifestación de una liturgia se convierte en celebración popular, generando a veces situaciones de tensión entre el pueblo cofrade y los rectores eclesiásticos a los que a muchos ha costado entender que el carácter latino, la mediterraneidad en que vivimos y de la que nos nutrimos y conformamos, no tiene otra forma de



SEMANA SANTA DE MÁLAGA. (FOTO: AGRUPACIÓN DE COFRADÍAS DE LA SEMANA SANTA DE MÁLAGA)

expresarse que la de transformar la tragedia en fiesta, sin que deje de ser tragedia.

Esa capacidad de simbolizar el dolor fundiéndolo con el canto la tienen muy pocos pueblos y el andaluz la posee sobremanera. No se tratará, en ningún caso, de entonar una canción fúnebre, sino de sacar fuerzas de la hondura de la música para poder soportar la profunda pena de la muerte. Y más si nos hallamos ante la muerte de Dios. Que no otra cosa es la Semana Santa para el cristiano.

Un filósofo muy actual, que nació en Corea del Sur en 1959, pero de formación netamente alemana (su tesis doctoral fue sobre Heidegger) Byung-Chul Han, se refiere a que «los rituales, como acciones simbólicas, crean una *comunidad sin comunicación*, pues se asientan como significantes que, sin transmitir nada, permiten que una colectividad reconozca en ellas sus señas de identidad. Sin embargo, lo que hoy predomina es una *comunicación sin comunidad*, pues se ha producido una pérdida de los rituales sociales. En el mundo contemporáneo, donde la fluidez de la comunicación es un imperativo, los

ritos se perciben como una obsolescencia y un estorbo prescindible.» En su breve obra, casi un opúsculo, de título *La desaparición de los rituales*, Byung-Chul Han, se plantea el ¿por qué las formas simbólicas cohesionan la sociedad y que nos depara cuando ésta deja de cultivarlas? Para Han, su progresiva desaparición acarrea el desgaste de la comunidad y la desorientación del individuo.

Considero que las celebraciones de la Semana de Pasión, la conmemoración de la muerte y resurrección del Dios hecho hombre, son auténticos rituales que simbolizan el que para el mundo cristiano es el hecho más grande jamás sucedido: la redención de la humanidad a través del sacrificio de Cristo.

El hecho de que quiera verter una mirada reflexiva sobre nuestra Semana Santa al hilo del pensamiento del citado filósofo, no implica el que descargue al gran hecho estético, al magno acontecimiento artístico y cultural de la Semana de Pasión, de contenido teológico, no es eso, sino que de lo que se trata es de mirarla como un conjunto de formas y actitudes rituales que

cohesionan (iy de qué manera!) a nuestra sociedad, a nuestra comunidad, incluso por encima de su significación religiosa. Y es por eso que personas no ya no practicantes, sino declaradamente no creyentes, tienen «su Cristo» y «su Virgen» a la que atienden con una devoción, si quieren no religiosa, pero sí profundamente espiritual. Porque la pertenencia a esa su cofradía les hace sentirse parte de esa concreta comunidad. Su saco personal está lleno de recuerdos de esas procesiones, de sus pasos como nazareno y del cansancio ya de regreso al templo, de sus levantadas de tronos, del momento emocionante del encierro de los titulares al final del recorrido y de la profunda pena que le causaba el que el desfile procesional tuviera que suspenderse porque el tiempo amenazaba lluvia o ya había comenzado a llover. Entonces, la cofradía se encerraba en la iglesia y los hermanos rezaban, incluso esos que habían olvidado decir oración alguna. No quiero describir situaciones sensibleras, pero esas son realidades que pueden ser contempladas —y por tanto descritas— desde muy diferentes perspectivas. Pero en todas hay un hilo común, la cohesión social que se genera entre todos los hermanos cofrades, entre los fieles en general, con independencia de lo que para cada cual signifique.

De otro lado, hemos de reconocer que no existen muchos estudios teóricos sobre nuestros desfiles procesionales de Semana Santa que no lo sean desde una perspectiva histórica. En este campo existen textos de gran interés y de significada investigación. Pero no ocurre lo mismo si se considera el aspecto antropológico o socio / económico e incluso filosófico. En este aspecto estamos bastante ayunos. Es ejemplar la tarea llevada a cabo por el investigador de otra provincia andaluza que ha contemplado su Semana Santa desde perspectivas no religiosas o no estrictamente religiosas; nos referimos a Isidoro Moreno Navarro que ha profundizado en la sevillana desde esas perspectivas no demasiado usuales, haciéndola entroncar desde su exaltación de lo sensorial con «la gran fiesta barroca

de la primavera». Barroco y primavera forman un binomio que constituye la esencia de la Semana Santa, de cualquiera de las andaluzas. Esa unión nos hace remontar la celebración a mucho más allá de las religiones (en el sentido en que nosotros las entendemos, claro está). El cristianismo exalta la primavera una vez Jesús ha resucitado.

Pero ¿nos cabe pensar la Semana Santa desde otro ángulo de nuestra mirada? ¿Cómo tratar esta fiesta litúrgica cristiana que el pueblo ha hecho radicalmente suya en esta sociedad neopagana? (es así como la califica el Papa Ratzinger). ¿Cómo conciliar la vocación de pobreza y austeridad en que, de manera creciente, buena parte de la Iglesia quiere asentarse con la explosión de formas, colores, bordados y riquezas, en suma, con que este pueblo mediterráneo se vuelca a la calle llevando a sus Cristos y Vírgenes y asumiendo así antiquísimas tradiciones que ha transformado en símbolos de la cristiandad?

Para quien no entiende el Sur, la Semana de Pasión que sus pueblos celebran no es inteligible y, a veces, les resulta hasta escandalosa. No tenemos que imaginar nos en Finlandia o Lituania para saber que si allí se celebrase algo parecido a la Semana Santa, sería de forma muy distinta. Basta con ir a Zamora, a Valladolid o cualquier pequeño pueblo de Castilla para poder ver la desnudez, la seriedad cercana a la severidad con que se producen sus desfiles procesionales. El Sur es otra cosa y solo penetrando en su idiosincrasia, comprendiendo su paradoja de carácter, es como podremos aproximarnos a entender que su simbología religiosa está constituida por su capacidad de fusionar tragedia y fiesta, sin merma del dolor de la primera ni de la alegría de la segunda.

LA SEMANA SANTA, UNA PECULIAR FORMA DE CULTO

El ya citado Joseph Ratzinger en su obra *El espíritu de la liturgia* nos dice que «no existen las so-

ciudades sin algún tipo de culto. Precisamente los sistemas decididamente ateos y materialistas han creado, a su vez, nuevas formas de culto...»

Cuando el político francés Giscard d'Estaing tomó posesión de la Presidencia de la República y sin que hubiera antecedentes de ello, se dirigió en solemne procesión laica hacia el imponente Panteón donde descansan los restos de filósofos, escritores, hombres de ciencia, políticos y otras figuras insignes de Francia en cuya memoria y recuerdo se asienta la nación. Así, rendía culto a los antepasados y, al tiempo, alumbraba una liturgia simbólica civil de extraordinario impacto.

Recientemente el Gobierno de nuestra nación, que no había asistido (o lo había hecho con una representación menor) al acto religioso celebrado en la catedral de la Almudena por las víctimas del COVID 19, organizó poco después una celebración inédita, mitad «fuego de campamento scout», mitad «ceremonia vikinga del fuego». Estaba con ello intentando crear una nueva forma de culto y eso que España no es un Estado laico, sino aconfesional.

Lo cierto es que, con uno y otro ejemplo, se confirma que toda sociedad tiene necesidad de ritos y actos culturales. Su finalidad es clara, unir a la comunidad, cohesionarla en la búsqueda de un anhelo unitario que le ayude a superar el trance de dolor que está atravesando o que le sirva para la exaltación de un acontecimiento o hecho digno de alabanza y celebración.

Mas para el cristiano la liturgia, que es la forma de dirigirse a Dios y hablar con Él, está regulada por la Iglesia porque como dice Ratzinger en la obra citada: «El ser humano, de ningún modo puede por sí mismo, «hacer» el culto; si Dios no se da a conocer, no acertará... / ... De alguna forma necesita algo así como una «institución». No puede brotar de nuestra fantasía o creatividad propias —en ese caso seguiría siendo un grito en la oscuridad o se convertiría en una mera autoafirmación. Presupone un tú concreto que se nos muestra, un tú que le indica el camino a nuestra existencia».

De esta enjundiosa y clarificadora cita quisiera destacar dos extremos, que me han de servir para fundamentar la continuidad del discurso. De un lado, que el culto cristiano ha de estar hecho por la Iglesia y, del otro lado, que el culto es el vehículo por el que el tú divino se nos muestra, siendo él el que nos indica el camino.

Tomemos, en primer lugar, el segundo punto, que tiene una connotación eminentemente subjetiva pues, desde la perspectiva de cada uno de nosotros se trata de una circunstancia dialógica ya que ¿cómo puede recibir el hombre de la calle, creyente o no, practicante cristiano o no, esa manifestación del eco de lo divino que cada trono lleva en sí? Como un mensaje dirigido hacia él, personalmente hacia él. Una cita del que fuera uno de los más grandes poetas del siglo XX, Paul Celan, quizá nos sirva para entender mejor esta afirmación. Nos dice el autor rumano (aunque siempre escribió en alemán) que «el poema puede ser una botella de mensaje lanzada con la confianza. —ciertamente no siempre muy esperanzadora— de que pueda ser arrojada a tierra en algún lugar y en algún momento, tal vez a la tierra del corazón. De igual forma, los poemas están de camino, rumbo hacia algo.

¿Hacia qué? Hacia algo abierto, ocupable, tal vez hacia un tú asequible, hacia una realidad asequible a la palabra».

Esa condensación de liturgia popular que es el trono con sus imágenes discurriendo por las calles, una vez el pueblo ha convertido a la ciudad en templo vivo, lanza mensajes que alguien, en algún rincón de su espíritu, recogerá y aclaro que no hablo de otra cosa que de momentos de intensidad espiritual que, luego, en el corazón de cada uno se transformará en un canto diferente, en un anhelo distinto, que tendrá que ver, o no, con la fe.

El primer punto del texto Joseph Ratzinger que predicaba la necesidad de que la Iglesia sea la única hacedora del culto es algo que, de una u otra forma, ha causado tensiones entre el mundo cofrade y la jerarquía eclesiástica. Al menos, desde el exterior de ambos espacios así

es percibido por un observador ajeno y no creo que ello se deba a que desde el espíritu cofrade se desee hacer teología cultural, sino que la interiorización de la liturgia pasional ha llegado a tales grados de intensidad que podría afirmarse (permítaseme la expresión) que los fieles acaban intentando encarnar desde el acervo popular los episodios de la Pasión de Cristo y ello a veces entra en colisión con el simbolismo litúrgico que la Iglesia tan sutilmente ha ido elaborando a través de siglos. Pero esa aparente dicotomía pugna por buscar conciliación y lo hace, porque esta sociedad necesita del rito y más hondo, duradero y de mayor alcance será éste, cuanto más intensamente se cohoneste con la tradición de la que procede.

Y es que no debemos de perder de vista que no se da en el mundo de la cristiandad una manifestación artística de fe como la de la Semana Santa española y especialmente de la andaluza. La razón estética y la hondura de lo espiritual conviven íntimamente, hasta el punto de que el fruto de esa unión supera el hecho de culto en sentido estricto, para transformarse en muestras sensibles de las señas de identidad de un pueblo.

Cita Jorge Luis Borges a William James, el gran autor de la obra *Las variedades de la experiencia religiosa*, al decirnos que «el mundo visible es una parte de un mundo espiritual más diverso y amplio, que es revelado por los sentidos». Y es que una cosa es la conciliación de razón y fe y otra, y esto es mirarlo desde diferente perspectiva, la dilatación conceptual que una más amplia consideración de los sentidos ha de proporcionarnos.

Debemos aprender a razonar desde la capacidad de visión y reflexión que los propios sentidos son capaces de ofrecernos y revelarnos. El mundo de las sensaciones, del color, de

los olores, de la electricidad con la que carga el ambiente una muchedumbre que puede llegar a estar sumida en el mayor de los silencios, nos ha de ayudar a aprehender desde otros campos muy distintas formas de espiritualidad, que son posibles y no necesariamente de menor hondura. No hay en ello enfrentamiento con la razón sino, antes al contrario, expansión de esta, una ampliación de sus límites.

La poesía nos ayuda a conocer la otra cara de las palabras, con los versos penetramos en capas del conocer que, de otra forma, las propias palabras nos impedirían. Cuando el ave de la palabra se posa en el hilo del poema, ya se ha transformado en don, en gracia que nos permite captar lo que, desde otro lugar del lenguaje, no podríamos alcanzar y ello sin que nos haga falta entender, porque todo está ahí, en la palabra libre del poema.

Concluamos este texto con la ayuda de la palabra poética, palabra esencial y fundadora. Para el cristiano, el misterio mayor es la Eucaristía y a ella canta el que fuera unos de los más grandes poetas españoles del siglo XX y comienzos de éste, José Ángel Valente. Lo tituló *Memoria*:

Como pan vino la palabra,
como fragmento de crujiente pan
fue dada,
igual que pan que alimentase el cuerpo
de materia celeste.

Vino, compartimos su última sustancia
en la cena final del sacrificio,
y nos hicimos hálito, sólo soplo de voz.
Palabra, cuerpo, espíritu.
El don había sido consumado.

En Málaga, septiembre de 2020